

Tamaulipas LEE

a sus escritoras de hoy



COLECCIÓN  TAMAULIPAS LEE

Tamaulipas LEE

a sus escritoras de hoy

FONDO 
EDITORIAL
TAMAULIPAS

Tamaulipas LEE a sus escritoras de hoy
© Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes
Primera edición 2026

ISBN: 978-607-8452-83-5

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Dr. Américo Villarreal Anaya
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Dra. Silvia Lucero Casas González
Secretaria de Bienestar Social

Mtro. Héctor Romero Lecanda
Director general del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Mtro. Julio Andrés García Pesina
Director de Publicaciones y Fomento Literario

Cuidado de edición: Patricia Guzmán Rosiles
Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
Gaspar de la Garza 421, zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000
Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Nuestro país ha sido cuna de grandes figuras de la literatura. Hoy sabemos, gracias al trabajo de los movimientos sociales, intelectuales y académicos, que nuestra tradición literaria exige una relectura profunda y responsable: una que no solo recupere a autores que el tiempo dejó al margen, sino que salde una deuda histórica con las autoras que en diferentes épocas han sido ignoradas por la industria editorial e incluso a veces por las instituciones culturales.

En Tamaulipas, como en todo México, sostenemos que este es el tiempo de las mujeres, y defendemos el importantísimo papel que ellas desempeñan en todo proceso de transformación. Por eso es un orgullo presentar esta antología *Tamaulipas LEE a sus escritoras de hoy*, la primera de una serie que busca reconocerlas y darles el lugar que les pertenece.

Este volumen celebra las voces de doce escritoras tamaulipecas de distintas generaciones, desde aquellas que han abierto camino y construido una tradición literaria sólida hasta las nuevas voces que continúan el ejercicio de la creación con fuerza, sensibilidad y una mirada propia. Aquí dialogan la memoria y el porvenir: poetisas y narradoras jóvenes emergentes conviven con autoras de amplia trayectoria y reconocimiento nacional e internacional.

Es momento de que todas y todos conozcamos sus letras, porque en ellas también se construye la identidad cultural de Tamaulipas.

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Gloria Gómez Guzmán



Aguamarea

si soñaste
si osaste —aterida y húmeda— amar
si lloraste y deveras harta
lograste sonreír

si estuviste aquí
dispuesta para la vida
con las armas en alto
si aprendiste a defender la porción de sueño
que no es posible jalar a tierra firme

si es de noche y aún bailas
porque siempre ha de llegar
el amanecer espléndido

si estás viva
este es tu poema
y el mío

El sermón del arenque

En honor a T. S. Eliot

solo si comienza abril
mar en brumas salta
retoza el arenque reluciente y
pide anzuelo para sacudirse el agua
su condena

apenas el bronceado pescador
extiende alegremente el hilo viento abajo
donde el agua
ya el arenque está aprendiendo y
valsa y
tira del cordel

el aire le recibe con un beso áspero
como escapar de
esa tenaza cosquilleante que
le ahoga

y protesta branquiando
ojidesbordándose:
“no era eso, no; no era eso en modo alguno”
amargo
de su boca circular y
minúscula
sale disparado un trocito de
su fin de suerte

Piedad Esther González



Y solo el eco responde

Grito impulsivo
reclama a la Vida
cobijo, sustento.

Y solo el eco responde...

Cuerpo pequeño
busca saciar el hambre.

Y solo el eco responde...

Sus ojos muy grandes,
sus brazos y piernas
con ímpetu, mueve.

Y solo el eco responde...

Luz, ruido, vacío
envuelven al recién nacido.
La madre insensible duerme;
el padre, inconsciente, bebe.

Y solo el eco responde...

Elvia Ardalani



Arder el cuerpo

En homenaje a todas las mujeres que se han prendido fuego

Esta mañana, al regresar a casa, una mujer
se prendió fuego.
Comenzó su ritual al rociarse la ropa
de un líquido amarillo
y, en cuestión de segundos, las leves amapolas
de su falda adquirieron
cierta vida de planta.
Sin previo aviso entonces,
encendió los fósforos y un fuego luminoso
la volvió carta negra, letra gruesa
gritando.
Nadie hizo nada, nadie.
Arder el cuerpo.
Dos o tres transeúntes le arrojaron sus sacos
y una niña de nueve le lanzó un cubo
de agua.
Todo fue tarde, todo.
En cuestión de segundos, una mujer se baña
en cenizas y escombros.
Razones sobran para probar el fuego.
El infierno es mejor que otros infiernos.
De todo lo que fue por tantos años,
esa mañana apenas queda reconocible
una amapola de su falda.
Y un niño que la llora cuando llega
y ya no la ve sentada afuera
del zaguán de su casa.

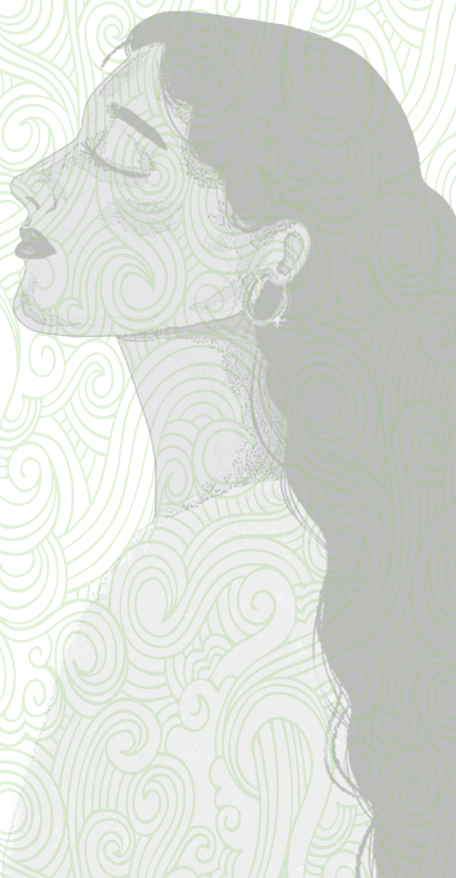
Gata

Mi gata se tiende sobre un libro.
Cerca de mi cabello desliza suavidades.
Me mira. Esmeralda encendida me interroga.
Veo la cicatriz que le ha partido el vientre.
Ella observa que sangro como un lirio.

Navaja

La navaja yugula la cuerda
y del silencio caigo.
Palabra por palabra
me desangro.
Alfombra.

Cristina Rivera Garza



Las feministas

Pronunciaban la palabra. La escupían. La celebraban.
Corrían.

(Atrás de este vocablo debe oírse el pasar del viento).
Hablaban a contrapelo. Interrumpiéndose.

Ah, tan descaradamente.

Vivían a la intemperie, que es el mismo lugar donde
sentían.

Supongo que así nacieron.

No sabían de refugios, de techos, de amparos,
de patrocinios.

Estaban heridas de todo (y *todo* aquí quiere decir
la historia, el aire, el presente, el subjuntivo,
el contexto, la fuga).

Agnósticas más que ateas. Impactantes más
que hermosas. Vulnerables más que endebles. Vivas
más que tú. Más que yo. Estoicas más que fuertes.

Dichosas más que *dichas*.

Intolerantes. Sí. A veces.

¿Mencioné ya que eran brutales?

Caminaban en días de iracunda claridad como musas
de sí mismas

(eso ocurría sobre todo en el invierno cuando
los vientos del Santa Ana iban y venían
por los bulevares de Tijuana, arrastrando envolturas
de plástico y el polvo que obliga a cerrar los ojos

y negar la realidad)
a la orilla de todo, bamboleándose
eran la última gota que cuelga de la botella
(la mítica de la felicidad o la aún más mítica
que derrama el vaso o el sexo
impenetrable en la mismidad de su orificio)
y caían.

El colmo.
La epítome.
El acabose.

(Por debajo de estas frases debe olerse el tufo que deja
tras de sí el viento horizontal).

Supongo que solo con el tiempo se volvieron así.

Con hombres o, a veces, sin ellos, besaban
labiodentalmente.
Y se mudaban de casa y se cambiaban los calcetines
y preparaban arroz.
Y bajaban las escaleras y tomaban taxis y no sentían
compasión.
Decían: Este es el viento que todo lo limpia.
Y pronunciaban la palabra. Enfáticas. Tenaces.
Prehumanas.

Tajantes. Sí. Con frecuencia.
Conmoveras más que alucinadas. Sibilinas más
que conscientes. Subrepticias más que críticas.
Hipertextuales. Claridosas.

Estoy segura de que ya mencioné que eran brutales.

Fumaban de manera inequívoca.

Cambiaban de página con la devoción y el cuidado minimalista de las enamoradas.

Siempre andaban enamoradas.

En los días sequísimos del Santa Ana elevaban los rostros y se dedicaban a ver (podían pasar horas así) esas aves que, sobre sus cabezas, remontaban lúcidamente el antagonismo del aire.

Y el Santa Ana (y aquí debe oírse una y otra vez la palabra) (una y otra vez) despeinaba entonces sus vastas cabelleras ariscas. Sus cruentas pestañas (una y otra vez).

Norailiana Esparza Mandujano



Hay días

en que amanezco
como si alguien me hubiera llevado por la ciudad
colgada del hombro,
y me regresara al cuerpo
sin previo aviso.

Y tengo que entrar en mí
como alguien entra a una casa ajena,
mirando si todo sigue en su sitio,
si todavía queda un poco de luz en las paredes
para no tropezar con los recuerdos.

Una quisiera salir entera,
pero la vida va quitando pedazos
con la parsimonia de un viejo relojero:
una hebra de risa,
dos palabras que ya no ajustan,
una palpitación distraída
que se va a otra parte.

Y sigo caminando
con el gesto de quien carga un costal de polvo ajeno
pero disimula,
porque, qué otra cosa se puede hacer
si los demás también se rompen
y no quieren decirlo.

A veces me detengo
y siento dentro del pecho
un pequeño mercado de voces,
todas regateando por un poco de calma,
por un sitio donde guardar eso que duele,
que insiste, eso que no se calla,

aunque lo voltee de cara a la pared.
Y yo, que no soy comerciante,
me quedo petrificada entre el ruido
esperando salir del laberinto.

Celeste Alba Iris



Estirpe

Esta es la matriz de la abuela
las paredes que levantaron a mi madre el
sillar traído a mula
la infancia propia y vespertina
el nido de mis hijas
la cabecera donde escribo
Este es el lugar de las goteras humeantes la
ventisca de cristal en aquel invierno la cría
para mastuerzo
el cuello marchito
el chillar del patio
la sangre en jícara
las muelas enterradas bajo un árbol los
estertores de un viejo entregándose solo
Este es el castillo vaho de tierra
Esta [soy]
 mi casa
Esta ruina y se levanta

Omnívora

Ver a los comensales devorar un pez inerme
de ojos fatídicamente abiertos
lo mismo que la boca

Me quita el apetito

Entre la charla un poco de limón la risa y salsa picante
despican al animal de mar hasta dejar el esqueleto expuesto
El costillar blanco como el mantel como el plato

Los ojos permanentes

Los peces no tienen párpados

Los peces duermen y mueren con la mirada encendida

Los peces sueñan siempre

¿Cómo puedes comerlo si te contempla aún desde

[la otredad marina? —pregunto—.

Basta con cuidarse de las espinas

Lorena Illoldi



Guerrera

Nadie te dijo, mujer,
qué tan largos pueden ser los caminos,
ni te advirtió de los tropiezos que en él se encuentran.

Nadie te previno del estupor de la sorpresa,
del vacío en el pecho ante un destino incierto
ni de la soledad que rabiosa anidara en ti.

Nadie nunca te habló de esa oscuridad.

Pero un día, en medio del abismo,
la guerrera nació; humilde semilla,
la luz se fue forjando en tu corazón
y pudiste entonces desterrar el miedo.

Buscaron tus manos fuerte asidero:
hallaron una mano querida;
buscó tu alma respuesta o motivo:
el cielo derramó sobre ti su consuelo;
buscó tu espíritu explicación al destino:
encontraste dentro de ti toda la fuerza.

¡Salve, oh, guerrera de vida,
hermana bendita,
digna hija de todos los dioses!
Hoy caminas con la frente erguida
y el corazón en alto,
dando fe y testimonio del inagotable poder del amor.

Alisma de León



Notas en una libreta amarilla

No hay peor agonía que llevar con nosotros
una historia que no ha sido contada

VIRGINIA WOLF

Sé que Marco existió porque lo menciono en mi última libreta amarilla. Esas libretas han sido mi diario desde que era niña y ahora me sirven de memoria. Las leo todos los días. En la más nueva está escrito que me llamo Amanda y tengo 30 años.

La libreta la acomodé a un lado de la azucarera. El café lo tengo prohibido, dijeron que la cafeína podía afectar el procedimiento. Aun así, por las mañanas, me preparo una taza. Su olor es de las pocas cosas que recuerdo.

Con la tranquilidad del aroma, leo lo que hay escrito en las hojas del diario:

“Marco agarra un cigarro, sabe que me molesta que fume, le digo que se salga. Lo hace sin voltear a verme”

“Anoche Marco llegó tarde a casa, quise esperarlo despierta, pero me quedé dormida. Cuando desperté, su lado de la cama estaba revuelto y vacío”

“Hoy sugirió que saliéramos de vacaciones. Los dos estamos demasiado cansados de todo, nos vendrá bien. Contesté que sí”

Como esa hay muchas notas: cosas que recuerdo y cosas que ya no.

Aviento la libreta y cae a un lado de la puerta principal, junto al sobre manila que lleva en el piso varias

semanas. Llegó mes y medio después de practicarle la primera intervención. Cada que entro a casa, lo veo y pienso en levantarlo y abrirlo, pero sé de sobra lo que contiene.

Dejo la taza sobre la mesa y me siento en el piso, junto al sobre. Recuerdos amorfos comienzan a aglutinarse hasta fundirse en una bruma que me dobla en un llanto incontrolable. Con cada día que transcurre, mis recuerdos se vuelven una estela distante a la que le sigue el silencio.

Dentro y alrededor de mí: sólo silencio.

Entender el procedimiento es sencillo si partimos de que la memoria a largo plazo no es otra cosa más que nuestros recuerdos recientes procesados por el hipocampo. En algunas alternaciones neuronales (incluidos los traumas), el hipocampo deja de funcionar y los recuerdos se pierden.

Permanezco un rato sentada, rodeada de los sonidos de los autos que pasan por la calle y un montón de lágrimas.

Hace unas semanas llamaron para decirme que era posible que existiera un problema con mi procedimiento, que, para estas alturas, ya debería haber surgido algún recuerdo. Agregaron que mi memoria, al menos, debería haber comenzado a extraer alguna sensación de ese día y, como no había sucedido, era necesaria una segunda intervención. Dije que no. La única manera de evitarla, sentenciaron, era que comunicara de inmediato cualquier diferencia, por mínima que fuera. Era imprescindible que pusiera atención en cada detalle. De eso dependía todo.

Guardé silencio.

Pensaron que no lo había comprendido y repitieron todo de nuevo.

Pero lo entiendo bien, lo que no sé es si deseo exponerme a una segunda intervención. No sé si quiero estar al pendiente de cada cosa, de cada destello, de cada sensación. Toda vez que sucede algo, el cuerpo me tiembla y empiezo a sudar horrores.

Nadie entiende que encuentre cierta tranquilidad al no recordar.

En la libreta tengo anotada una sección con pasos que debo seguir al pie de la letra:

1. Toma el celular.
2. Abre la aplicación *Neurocienciaglobal*.
3. Graba lo que hiciste ayer y antier.
4. Anota en la libreta si pudiste recordar y lo que recordaste.
5. Presiona el botón de *Cuestionario* dentro de la aplicación, ahí encontrarás grabadas una serie de preguntas que debes contestar.
6. Una voz te indicará el momento en que debes comenzar a grabar.
7. Contesta y al finalizar, solo presiona *enviar*

Las preguntas siempre son las mismas.

Hoy pude responder casi todas.

Todas excepto las del incidente de hace un año.

Al llegar a ese punto, mi mente se convierte en un túnel con ecos de voces que no entiendo.

Tampoco pude contestar nada sobre Marco.

Anoto eso en la libreta amarilla:

“Nada sobre Marco”

En una de las hojas de la libreta, dibujo una casa con un tronco atravesado en la puerta principal.

Apunto también:

La aplicación preguntó si recuerdo algo en concreto y contesté que no. Omití mencionar que desde ayer tengo algunas sensaciones vagas. Debo anotar eso mañana. Puede ser importante. Dijeron que debo decirles lo importante.

¿Cómo sé que algo es importante?, pregunté.

“Cualquier cosa, contestaron: cualquier cosa es importante.”

Al parecer, lo confuso también es importante.

Existen traumas tan intensos que bloquean los recuerdos, así como las sensaciones asociadas, hasta el punto en que ambos llegan a desaparecer. El éxito de la intervención dependerá de que al menos algunos de los recuerdos y/o las asociaciones estén presentes.

Me repiten sin cesar que fui víctima de un delito del cual soy el único testigo. Dicen que es mi obligación hacer algo. Mi obligación. Ser víctima y testigo es una ecuación compleja. Ellos no parecen entenderlo. Mis heridas físicas ya son casi imperceptibles. Dicen que eso mismo ocasionará que los recuerdos se desvanezcan cada vez más, por eso hay que actuar rápido. Es mi responsabilidad denunciarlo. No importa si estoy preparada o no, mi responsabilidad es hacerlo en cuanto recuerde.

Leo mis notas:

“Dijeron: Este procedimiento es ya una práctica rutinaria y está a punto de volverse obligatorio en procesos judiciales. Olvídate de prácticas obsoletas como checar las redes sociales. Lo realmente valioso en los juicios es que seamos capaces de reproducir la memoria en una pantalla 20K para exponer al culpable. Está en tus manos”.

He querido cooperar, pero cuando lo intento, se me van las fuerzas. No sé si quiero revivir eso que no recuerdo, mucho menos si quiero hacerlo enfrente de tanta gente que no conozco, no sé ni siquiera si quiero recordar a Marco.

El procedimiento es similar al que realiza una máquina que extrae agua sucia, la depura y la devuelve limpia. Acá, la máquina extrae recuerdos y los transforma matemáticamente devolviéndolos así al cerebro. Incluso se ha comprobado que en casos de amnesia selectiva es capaz de recrear y/o formar recuerdos tomando como base sensaciones experimentadas durante el trauma. Esto es especialmente importante porque en ocasiones, por el nivel del suceso traumático, es probable que sea imposible acceder por completo a la corteza prefrontal del cerebro, donde se encuentran los recuerdos y el resultado se quede al nivel de las sensaciones.

En ese caso, es posible realizar una segunda y última intervención.

En ella se colocan nuevamente electrodos en el cuero cabelludo del paciente. Dichos electrodos transmiten las señales cerebrales a la máquina (que hace las veces de un hipocampo

externo), pero esta vez las sensaciones, transformadas en imágenes, se proyectan en una pantalla.

En la libreta hay, pegada, una fotografía de mi boda con Marco. Aunque parecemos felices, la imagen no me genera ni una sola sensación. Ni un solo recuerdo. Dijeron que omisiones como esa eran una falla del procedimiento.

Desde el día de la intervención tengo un dolor de cabeza persistente. Una molestia no muy fuerte, pero que no desaparece ni al dormir. Por fin agarro el sobre manila del suelo y saco el formulario, decidida a tirarlo.

Existe el riesgo de que las intervenciones dañen los recuerdos de forma irreparable, por esta razón, sólo es permitido realizar un máximo de dos con un intervalo de no más de tres meses entre ellas. Si transcurre más tiempo, es probable que la calidad del recuerdo se degrade y quede anulado como evidencia.

Debido a las posibles reacciones secundarias (que incluyen cefaleas, fiebres y estrés postraumático) la decisión del paciente no debe ser inducida.

Así como el descanso ayudó a que sanaran mis costillas, la rutina es necesaria para mi recuperación mental. Eso dijeron y en eso me concentro. Además, no tengo demasiada opción. Vivo sola, no tengo trabajo y, aunque mis padres querían que regresara a vivir con ellos, me rehúsé. ¿Qué diferencia podría haber? Aquí todo está en su lugar: mi ropa, los libros, hasta los lentes de Marco colocados sobre la repisa. Sé que son de él porque los lleva puestos en algunas de las fotografías que hay por toda la casa.

Al día siguiente de la primera intervención me los traje a la cama, creí que eso me ayudaría a recordarlo, pero no fue así. Con el paso de las semanas, el nombre de Marco se ha vuelto una ausencia que se me atora en la garganta.

El olor a canela y manzana del difusor que tengo en mi cuarto me marea un poco. Lo apago y acomodo las almohadas para acostarme. Tomo la última pastilla de melatonina que queda en la caja. “De preferencia no tomes nada que interfiera con el procedimiento”, indicaron. La verdad ya no me importa. Si voy a dormir solo cuatro horas, voy a descansarlas, sus indicaciones pueden irse a la basura.

Prendo la tele. No pasan ni cinco minutos cuando veo aparecer a un hombre en la pantalla. Lo reconozco, es el hombre de las fotografías, el de los lentes. El que ahora sé que es mi esposo. El residuo del suave olor a canela y manzana cambia al de un intenso aroma a cerveza. Por mi cuello resbala un líquido viscoso que me llega hasta la clavícula. Un cuerpo pesado, rasposo, se balancea entre mis muslos, sobre mi pelvis, y el dolor de cabeza se intensifica hasta hacerme gritar.

El hombre me ve a los ojos. Veo su barba, su cabello, el sudor. Él se detiene bruscamente, consciente de que lo reconozco. Se incorpora un poco y clava su rodilla en mi costilla que cruje y me estremezco de dolor. Marco, ahora fuera de la pantalla, lo golpea. Entre nosotros se levanta la sombra de otra persona que sujeta a mi esposo. Giro la cara y veo a los tres claramente. Ahora también sé quién es esa tercera sombra que sostiene un cuchillo y lo clava en el pecho de Marco.

Despierto de golpe.
Temblando aún, veo el calendario.
Debo llenar el formulario.
Llamar a la clínica mañana, sin falta.
Mañana se cumplen seis meses desde la primera
intervención.

Cynthia Rodríguez Leija



Estación Pandura

En Pandura siempre están cansados: cansados del incendio en el hueco de un júbilo de polvo o de cualquier cosa apenas recordada de las cartas que anuncian una tarde evaporándose de la ciega lanza en la carne marchita de los enemigos de acariciar al jabalí antes de ejecutar el sacrificio y arrancarle el último gramo de carne el último mineral de los huesos.

Es un cansancio transitorio como la espina de un pez en el ojo un cansancio unido al humo de un cigarro al balanceo del pecho cuando está a punto de quedarse quieto pero duele moverse duele la madriguera insectívora ese fulgor metafísico de los topos duele la ciudad sumergida en un hormiguero y los muertos que anidan en las ecuaciones y esa luna en el narciso y ese presagio de jazmines.

[El cansancio: una costilla fisurada una botonadura en una cuerda una música atrofiada en otra juventud]

En este sitio había un hipódromo a la orilla de las cantinas donde la ciencia ahora es un arbotante encendido por las termitas y el movimiento de la noche un vestido bajo el agua.

En este sitio la música de banda se pega en los espejos retrovisores de las ambulancias y en los ojos cobrizos de las liebres amarillas abandonadas a la geografía de una lágrima en la hierba.

Hubo también una temporada de cuchillos en el resquicio de las puertas (donde) la respiración conversa con el mundo y en los pañuelos de lino la estadística de los viejos cráteres de la primavera.

¿Qué belleza salvaje es el júbilo? Es una flota de fantasmas leyendo recetas de cocina es un puñado de sombras a la inversa. Una dentadura que cae en su vocación invisible como cuando cae una nube en el rebaje de una aguja dejando arder en la mano un recuerdo monstruoso de la infancia.

Hubo también una promesa en los gritos que suben por la escalera de incendios vencida por el inocente discurso de los ministros en las plazas.

No hubo esa negrura que hay dentro de los ataúdes hubo más bien un solar baldío irritado por las hormigas que van a morir a los puertos de la Antártida y en la boca de mi carne.

El desafío era incorporarse con la terquedad de la luz irrompible venido de un cielo salvaje y de una pierna que no es más que un propósito un cadáver empujado al abismo un trozo de amor en el claro del oleaje.

Soy un brazo partido por un rayo que dibuja la intimidad de los balcones secados al sol antes del verano y te recuerda.

Te recuerdo ahora mismo en el sitio donde había un hipódromo y me gustaría tener la cucharilla rota que te alimentaba entre los caballos que usaban instructivos para correr detrás de un muelle imaginario con palmeras y un sol de filigrana.

Aquí había un hipódromo más allá de la química de un pájaro azul que me observa desde los supermercados.

Marisol Vera Guerra



[La espumante rabia de las olas]

Desde un rincón de la memoria

abuela Eusebia me truena los pulgares:

Wana' xo'

de veras cargas la cachaza tú

como el cosol que se estanca en el aguazal

Y qué hay de malo

en ser esta carne blanda dentro de una cáscara

en diluirme sobre la espumante rabia de las olas

en arrojar mi tristeza entre pulidos guijarros

que amansan la corriente

No hace daño un poco de onanismo o de salitre

quiero ser oscura como el tiempo

el agua donde el torso del pescador se agrieta

la estela de obsidiana

que conduce al corazón del río

Itzia Rangole



Los muertos

Sufro de agorafobia. Es una opinión, no una certeza, no poseo los estudios requeridos para elaborar un diagnóstico. Aunque los tuviera, no sería ético de mi parte tratarme como un sujeto de estudio. No puedo ser al mismo tiempo paciente y terapeuta.

La imposibilidad de decretar fidedigno mi trastorno de personalidad no limita a mi imaginación, en mi mente sufro de toda clase de enfermedades. Mi hipocondría navega con libre albedrío y caótico azar entre el síndrome *hikikomori* y el de Diógenes.

Para alguien como yo, obligada a abandonar su domicilio para pagar las cuentas, el anfiteatro de un hospital es lo más parecido a un hogar. Estaba rodeada de personas encantadoras: silenciosas y gélidas. La existencia es más tolerable cuando se le acompaña de una dosis calculada de frío, descomposición, café, Verdi y Chaikovski.

Todo estaba bien hasta que el virus apareció. De pronto ya no pude estar más tiempo sola, los cuerpos comenzaron a apilarse. Los cadáveres se acumulan en mi conciencia. Uno tras otro llegan, se van, llegan, se van, llegan, se van, llegan, se van, llegan y se van. Es una espiral incontable. Es una danza vertiginosa y nauseabunda, incluso para quien está acostumbrada al olor a putrefacción. Por primera vez quise hacer algo para salvar a los pacientes y no pude lograr nada, cuando llegan a mí es porque todo concluyó.

Mi firma certificó en las últimas semanas miles de registros de restos mortales, sus nombres se funden en mi memoria.

El silencio de los muertos es un alarido. Aunque intento evadirla, escucho con inefable claridad la tortura de su sinfonía. Los clarinetes de la angustia, las cuerdas de la amargura, las flautas de la soledad, las trompas de la inexperiencia y el oboe de la estupefacción destrozan mis tímpanos. Nadie sabe realmente qué está sucediendo ni cuándo se va a detener.

Quisiera recluirme en mis habitaciones, permanecer alejada de las calles, deseo abandonar esta institución, la cual, aunque los informes oficiales y las autoridades indiquen lo contrario, ya colapsó, pero no lo hago. Permanezco estoica en mi lugar por respeto a quienes me anteceden, acompañan y suceden en esta cadena de decesos: quienes de manera infructuosa intentaron salvar a los enfermos, quienes perdieron la vida y quienes depositan los restos mortales en las llamas.

Hay pacientes en camas deshechas, en sillas de ruedas y en el suelo. El hospital reviste un aroma a gel antibacterial, cloro y fatiga. Al iniciar y terminar mi jornada laboral contemplo la fila de admisión, cientos de personas aguardan un lugar disponible. Una muerte significa un nuevo ingreso. Mi trabajo reside en atender a quienes han perdido la guerra. Yo no lidio con la vida, sino con su ausencia.

Mis compañeros terminaron por avalarme como agorafóbica, depresiva y asocial, soy “la rara”. Los más crueles prefirieron “doctora muerte”.

El panorama médico empeoró en todos los sentidos. Nadie se atreve a entablar una relación emocional con los enfermos. Todo es dolor y cansancio. Mis compañeros me

preguntan en un tono revestido a partes iguales de súplica, broma y seriedad: “¿Cómo logras vivir apartada de todo?”.

Estamos muy perdidos. Mientras camino al anfiteatro escucho el grito de una enfermera. En mi mente censuro su conducta, pero me basta abrir la puerta de la morgue para entenderla. Los cadáveres atrapados en bolsas negras cerradas se retuercen en el suelo, escucho golpes secos provenientes de las puertas de los refrigeradores. Las mesas de autopsia antes ocupadas ahora están vacías. Los muertos están de pie, sus ojos están abiertos y están caminando.

Dulce Bautista Salas



Enredadera

Se ve a sí misma en una enredadera sin fin

Como un bucle donde llegado un punto no puedes entender cómo terminaste existiendo de esa manera, sin luz ni pena. Piensa en la ambigüedad de lo antes vivido, las sombras que tanto acosaron su paz, el tiempo pasando cada vez más rápido que no la espera, pese a sus ruegos constantes. Ella le ha gritado a los vientos, ha golpeado pisos esquivos y se ha aferrado a mil cortezas, ha aceptado su destino y a la vez pide equivocarse. Siempre parecía que él estaba ahí como una presencia que la seguía, en las sombras acompañantes, la ve forzando las cuerdas en un intento por abrirse paso hacia sus manos, pero no tiene suficiente fuerza, se piensa invencible pero realmente es débil. Percibe sus lágrimas pero no puede alcanzarlas antes de que toquen el suelo, escucha su voz ajena pero cercana, que siempre denota calma, incluso en medio de la más absoluta oscuridad.

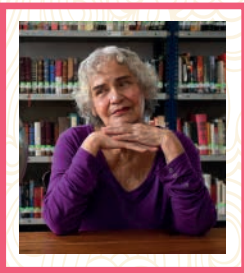
Se pregunta dónde se encuentra y cuánto tiempo lleva ahí. Mira las paredes de un hogar abandonado, que se ha estado desgastando por su falta de cuidado, piensa en lo bonito que pudo haber sido en otro momento, cuando la gente que vivió respiró su aliento, limpió sus pisos y descansó en sus interiores, ahora el lugar está tan solo como ella y ambos han sido dejados a la deriva. Recuerda cómo conoció esa casa, una persona alguna vez soñadora le contó que quería vivir ahí, le prometió que vivirían ahí, pero esas promesas aun cuando valían mucho fueron perdiéndose, igual que aquel tapiz viejo que alguna vez fue *beige* y

ahora es gris. Se mueve con el dolor de las promesas rotas y de la fe marchita, sus pasos pequeños la transportan a su niñez, cuando solo quería el cariño de otros, que todos fueran felices y lo decepcionada que se sintió cuando creció y se dio cuenta de que sus deseos eran vacíos.

Percibe una sombra moverse por los ecos del sonido, tal vez evocada por las memorias, que nunca se han ido y permanecen bajo las capas de un dolor que fue madurando y sobreviviendo. Se rompe una cuerda y las enredaderas siguen moviéndose, creciendo, tejiendo nuevas cuerdas, él se inmiscuye en trozos de un dolor físico que ella siente en cada parte de su pecho, le oprime el pensamiento tanto como el corazón, siente el deseo de llorar y de abandonarse, dejarse ir... pero la sombra le empuja la espalda, la hiere y la sana; le reconforta su fuerza, pero ella siente mucho, demasiado, ve en ese ser la incomodidad de ser amado de una forma tan complicada, el peso de la indecisión, las consecuencias de una elección. Él parece elegirla y soltarla una y otra vez, por más que ella lo siente no logra comprender que puede orillararlo a permanecer ahí, pese a estar ausente. Tan ausente que ella no logra verlo con claridad, aunque intenta verlo en medio de las sombras y las cuerdas, él se escabulle, desaparece y reaparece con una impresionante precisión. Ella se pregunta por qué la sombra no se queda, si alguna vez dijo que se quedaría por siempre, pero él no tiene respuestas, solo oscuridad. Intenta gritar, su boca se abre, pero las palabras parecen estancarse, siente cada vez menos fuerza, pero sigue resistiéndose. La voz se desprende, solo consigue un dulce susurro para preguntarle: *¿Por qué sigues aquí? Solo necesitas dejarte ir y serás libre. No hay que temer más.*

Ella siente las lianas moverse por su cuerpo, unas suben por las plantas de sus pies, ejercen una presión cálida y húmeda, le envían un mensaje a todo su cuerpo: no hay vuelta atrás. Cierra sus ojos, porque se ha cansado demasiado de la constante desolación de sobrevivir sin existir, sin estar consciente, sin sentir placer o gratitud por absolutamente nada. Se suelta ante las lianas que suben por sus tobillos, sus chamorros, sus muslos, le dan vueltas suaves a su cadera para sostenerla sin hierirla, ya el mundo la ha herido suficiente. Percibe un intento de la sombra de proteger su energía que se desborda y aterra a todos los demás, pero le exige que la suelte, *ya me habías dejado ir alguna vez, déjame ir ahora*. Él no quiere ceder, pero el tiempo se ha acabado. Solo se permite escuchar los roces y sentir las asperezas, las irregularidades del mundo que la atormenta y de las lianas que han venido a detener su pesar.

No lucha contra la presión, suelta su cuerpo y se despide de aquella sombra que siempre estuvo ahí, todo se vuelve más huraño y oscuro conforme ella se va perdiendo, sabe que está lastimándolo, pero no puede seguir viviendo para evitarle la culpa de haberse ido. Le pide perdón y también lo perdona, porque no desea hacerle daño, nunca quiso hacerle daño a nadie. Su cuerpo y las enredaderas se vuelven uno mismo en una mezcla visceral que alivia su pobre alma, deja de ser ella para ser *eso* que siempre estuvo destinada a ser, una enredadera sin fin.



© Alondra García Valverde

Gloria Gómez Guzmán

Tampico, Tamaulipas. Poeta y narradora. Desde su primer libro, *No eran la epopeya de estos años nuestros días* (UNAM, Punto de Partida, 1981) se reveló como una de las voces más sólidas de la literatura tamaulipeca. En 1988 obtuvo el Premio Estatal de Poesía Juan B. Tijerina por el poemario *Para quienes en altamar aún velan*, y en 2015 fue nombrada Creadora Emérita de Tamaulipas en reconocimiento a su trayectoria y aportaciones a la literatura. Otros libros suyos son *Litoral sin sobresaltos* (Praxis/Doslos/UAZ, 1987); *Aguamala y otros poemas*, de la colección Los Cincuenta (UANL-Conaculta, 1998); *Antología personal*, de la colección Nuevo Amanecer (Gobierno de Tamaulipas, 1998); *José se arrancó* (Conaculta-CECAT, 1998), una pieza de literatura para niños y jóvenes; y *Antología personal/Personal Anthology* (Bric-a-Brac Press, 2025), una selección de su poesía, traducida por Rebecca Bowman. Su obra, además, forma parte de numerosas antologías nacionales.

Piedad Esther González

Tampico, Tamaulipas. Poeta, abuela, madre, viuda, hija, hermana y nieta. Profesora jubilada. Se dedica a la literatura desde el 2012. En 2017 publica dos cuentos en la revista *Literapluvia*. En 2021 publica su *plaque* *La puerta* (Voces del Barlovento). Sus poemas fueron incluidos en la antología digital *Un río de muchas voces: Letras en el puerto*. Forma parte de las publicaciones de los talleres de Ediciones Morgana: *Donde caen las máscaras*. En 2025 publica su poemario *Frágil, fuerte, fantástico. Poemas al niño maltratado* (Ediciones Morgana), realizado con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico.





Elvia Ardalani

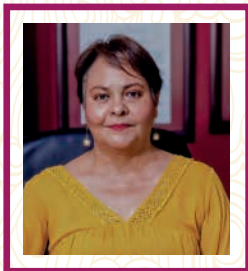
H. Matamoros, Tamaulipas. Ha dedicado la mayor parte de su vida a la literatura y la docencia. Se doctoró en 1990 en la universidad Texas A&I. Actualmente es catedrática de lengua y creación literaria en el Departamento de Escritura y Estudios del Lenguaje de la Universidad de Texas-Río Grande Valley. Entre sus libros publicados se incluyen *Ese olvido que habita en la memoria* (2017) *El ser de los enseres/The Being of the Household Beings* (2014), *Cuadernos para un huérfano* (2011), *Miércoles de ceniza* (2007), *De cruz y media luna-From Cross and Crescent Moon* (edición bilingüe, 2006), *Y comerás del pan sentado, junto al fuego* (2002), *De cruz y media luna* (1996), y *Por recuerdos viejos, por esos recuerdos* (1989). Fue corresponsal de la revista española *Alborada/Goizaldia*, además de editora de la revista virtual *El Collar de la Paloma*.

Cristina Rivera Garza

H. Matamoros Tamaulipas. Destacada escritora, traductora y académica, cuya obra ha sido reconocida con la prestigiosa Beca MacArthur (2020). Entre su vasta producción destaca *El invencible verano de Liliana* (Random House, 2021), obra ganadora del Premio Pulitzer 2024 y el Xavier Villaurrutia, consolidándose como una de las voces más potentes de la literatura contemporánea tras ser finalista del National Book Award. Su trayectoria incluye títulos fundamentales como *Dolerse. Textos desde un país herido* (2011, traducido al inglés en 2020 por Sarah Booker y finalista del NBCC Award) y la recopilación de su obra poética en *Me llamo cuerpo que no está* (Lumen, 2024). Galardonada con premios como el Sor Juana Inés de la Cruz (en dos ocasiones) y el José Donoso, actualmente ejerce como profesora distinguida en la Universidad de Houston. Su publicación más reciente es la novela *Terrestre* (2025).



Norailiana Esparza Mandujano



Victoria, Tamaulipas. Poeta, narradora y artista plástica con presencia en más de treinta antologías estatales, nacionales e internacionales. Autora de *Dirección Opuesta* (2013), *Donde Habitan las Imágenes* (2015, narrativa) y *Tu rostro en medio de noviembre*. Su obra está incluida en el *Ensayo Panorámico de la Literatura Tamaulipeca*. Ha recibido el Premio Estatal Maestros con Arte Altaír Tejeda de Tamez (2008, cuento) y la Presea Nacional Leona Vicario (2020), en reconocimiento a su labor cultural y tanatológica en beneficio de comunidades afectadas por la violencia. Como activista cultural e independiente, coordina el Movimiento Proyecto Cultural Sur Internacional en Tamaulipas, el Colectivo Catarasis y Mujeres Umbral, impulsando proyectos artísticos y sociales orientados al fortalecimiento cultural y la resiliencia comunitaria. Su poemario más reciente, *Quinta esencia* (ITCA, 2025), forma parte del Fondo Editorial Tamaulipas 2025.

Celeste Alba Iris

Ciudad Victoria, Tamaulipas. Creadora interdisciplinaria y gestora cultural. Reside en San Luis Potosí, México. Cursó posgrado en la UASLP con especialidad en Arte Moderno y Contemporáneo en México. Ha creado distintos proyectos de autor como: *Viceversa*, *Fotolibros que son poesía* y *primera Exposición mexicana de fotolibros de poesía*. Ha recibido premios y distinciones a nivel nacional e internacional, entre ellos obtuvo PADID otorgado por CENART en 2021 y 2019, con el proyecto: *Miradas al Fotolibro*, obtuvo el Premio de Fotografía Manuel Ramos 2017 convocado por SECULT. Hizo residencia artística en Cuba 2012 y es cónsul ante el Parlamento de Escritores de Colombia. Tiene publicado dos fotolibros, cuatro poemarios, y una compilación narrativa. Dirige Alter Ego Estudio a través del cual desarrolla proyectos de arte.





Lorena Illoldi

Tampico, Tamaulipas. Licenciada en Ciencias de la Educación por la UAT, catedrática de inglés. Primer Premio del Segundo Concurso Estatal de Poesía y Cuento del ISSSTE, 1990; Primer Lugar del Concurso Estatal Juvenil de Literatura Juan José Amador, 1996, Universidad Autónoma de Tamaulipas; en dramaturgia: Mejor Obra Original. XX Concurso Estatal de Teatro Mtro. Rafael Solana, 2001; Primer Lugar en el Concurso Estatal de Dramaturgia Altaír Tejeda de Tamez, 2002. Tiene publicados *plaquettes* y libros de poesía individuales y colectivos, así como obras de teatro en publicaciones especializadas a nivel nacional y regional, su obra aparece en 5 ediciones de la Revista *Tramoya*. Editora de Chichimecas, Cuadernos de teatro, primerísima colección de dramaturgia tamaulipeca (2013, 2014).

Alisma de León

Reynosa, Tamaulipas. Narradora, participó en el libro *Rigo es amor, una rocola a dieciséis*, bajo la coordinación de Cristina Rivera Garza (Tusquets, 2013) y en *La disolución del cuerpo* (Colectivo Tranvía, 2019). Es autora de los libros de cuentos *Mariposa negra* (ITCA, 2014) y *Nadie verá la destrucción* (UANL, 2020); de la novela *Tan fácil contar hasta diez* (Solar Editores, 2018), y la novela breve “Espiral”, que junto a Catalina Kühne Peimbert con “Así empiezan los finales”, conforma el libro *Impresencia* (La Cifra Editorial, 2021).





Cynthia Rodríguez Leija

Nuevo Laredo, Tamaulipas. Es poeta y ensayista. Becaria del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico de Tamaulipas (PECDA); ha recibido el Premio de Poesía Juan B. Tijerina (Tamaulipas) y el Premio Nacional de Poesía Ramón Iván Suárez Caamal (Campeche). Es autora de los libros *Oscuro zodiaco* (UNAM, colección El Ala del Tigre), *Reinos de ciudad* y *Kinim* (ITCA), *La casa redonda* (Norteña Editores), *Estación Pandura* (Bitácora de Vuelos), *Galáctica. Los testimonios del barrio rojo* (Senado de la República, Comisión de Derechos Humanos) y *Y no hallé cosa en qué poner los ojos* (Secretaría de Cultura de Coahuila, Proyecto Resiliente). Su poemario *Bajo carbón* (ITCA, 2025) forma parte del Fondo Editorial Tamaulipas 2025.

Marisol Vera Guerra

Ciudad Madero, Tamaulipas. Editora y escritora. Es directora de la editorial independiente Ediciones Morgana, con sede en Monterrey. Ha publicado 16 libros en México, Estados Unidos e Italia, entre ellos: *El cuerpo, el yo y la maternidad*, proyecto beneficiado por CONARTE para exponerse en Venecia en 2019 y publicado por la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2022. Su libro *Imágenes de la fertilidad* (ITCA, 2016) fue desarrollado con apoyo del PECDA, Tamaulipas, 2010. Su obra ha sido incluida en antologías y revistas literarias de varios países, entre las más recientes: *Latino Book Review*, *Chrysalis* (El Paso Community College) y *Área. Revista Hispanoamericana de Poesía* (RIL Editores / University of Georgia), así como en la Página de la Academia Mexicana de la Lengua. Premio Internacional de Poesía Altino, Italia, 2020. Primer lugar en el 2do Concurso Binacional de Cuento Francisco Javier Estrada 2023. Premio Nacional de Poesía Alma Karla Sandoval, 2025, con el libro *Afuera cantan las cicatrices de un árbol*.





Itzia Rangole

Tampico, Tamaulipas. Es narradora, docente y comunicadora. Egresada de la licenciatura en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara, fue beneficiaria del PECDA Tamaulipas 2020 en la categoría de cuento. Su trabajo ha sido incluido en *Chicalotas: reunión de narradoras del noreste* (Editorial Funámbulo). Ha colaborado como locutora en los programas *La lechuga de Minerva* (Radio Itópica), en Radio Miseria y *Más allá de Macbeth* (Radio UDG Ocotlán). Actualmente es redactora web en *El Sol de Tampico*, periódico de la Organización Editorial Mexicana (OEM), y profesora universitaria de literatura. Su libro de cuentos *Hadal* (ITCA, 2025) forma parte del Fondo Editorial Tamaulipas 2025.

Dulce Bautista Salas

Ciudad Victoria, Tamaulipas. Dulce Bautista Salas irrumpió en la escena literaria siendo aún estudiante de secundaria, cuando, a sus trece años, publicó *Sonrosos anónimos*, una de las cuatro novelas juveniles suyas que se hicieron populares en Wattpad. Ha escrito teatro y narrativa. Actualmente, estudia en la Facultad de Artes Escénicas de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y es Obecaria de la generación 2025 del Centro de Creación Literaria UANL, con el proyecto de cuentos protagonizados por mujeres “Mi alma tiene hambre, pero mi cuerpo no sabe cocinar”. Su cuento “Cajitas”, aparece en el volumen III de la antología *Con M de morras* (An.alfa.beta, 2025).



© Jorge Cumpean Garcen

Índice

5 **Gloria Gómez Guzmán**

Aguamarea
El sermón del arenque

8 **Piedad Esther González**

Y solo el eco responde

10 **Elvia Ardalani**

Arder el cuerpo
Gata
Navaja

14 **Cristina Rivera Garza**

Las feministas

18 **Norailiana Esparza Mandujano**

Hay días

21 **Celeste Alba Iris**

Estirpe
Omnívora

24 **Lorena Illoldi**

Guerrera

26 **Alisma de León**

Notas en una libreta amarilla

35 **Cynthia Rodríguez Leija**

Estación Pandura

38 **Marisol Vera Guerra**

[La espumante rabia de las olas]

42 **Itzia Rangole**

Los muertos

46 **Dulce Bautista Salas**

Enredadera

Tamaulipas LEE *a sus escritoras de hoy*



Este volumen celebra las voces de doce escritoras tamaulipecas de distintas generaciones, desde aquellas que han abierto camino y construido una tradición literaria sólida hasta las nuevas voces que continúan el ejercicio de la creación con fuerza, sensibilidad y una mirada propia. Aquí dialogan la memoria y el porvenir: poetas y narradoras jóvenes emergentes conviven con autoras de amplia trayectoria y reconocimiento nacional e internacional.